

Vida popular de Fray Mamerto Esquiú

BEATRIZ FACCIANO

En septiembre de 2021 se realizó la beatificación del franciscano Fray Mamerto Esquiú, en su Catamarca natal. A propósito de este acontecimiento solicitamos a Beatriz Ester Facciano, licenciada en comunicación social, investigadora y escritora, una reseña de la biografía que, con su detallada contribución histórica, publicó Ediciones Castañeda en el 2020.

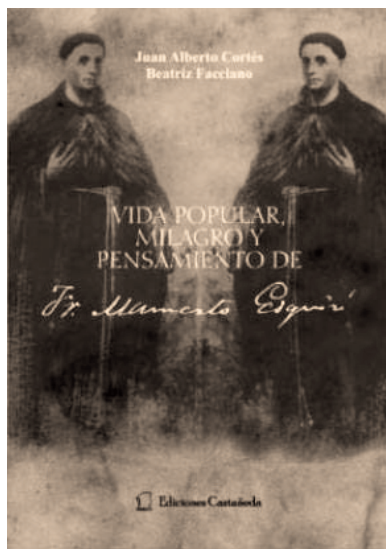
Vida popular de Fray Mamerto Esquiú es el título de la obra original del franciscano Juan Alberto Cortés, publicada en 1977 dentro de la colección dedicada a las Vidas populares de los Santos de la novísima Ediciones Castañeda, fundada por el mismo Cortés, dos años antes. En 2015, una coedición con Ediciones Instituto Superior Dr. Arturo Jauretche recuperó este texto en una Edición Homenaje al autor y al biografiado, ambos pertenecientes a la Provincia Franciscana de la Asunción. En noviembre de 2020, Ediciones Castañeda publicó *Vida popular, milagro y pensamiento de Fray Mamerto Esquiú* que completa el texto original de Cortés con mis notas, referencias, análisis y edición, una selec-

ción de textos del propio Esquiú y el relato del milagro que lo catapultó a la beatificación.

Cortés integró la Orden de Frailes Menores desde su ingreso al Postulado en 1965 hasta su muerte en 1994. Desde los inicios se interesó por la recuperación de la historia de los frailes en América Latina y Argentina. Por esta razón Esquiú se le presentó como una de las figuras más importantes en tanto sacerdote franciscano inmerso en los acontecimientos de su tiempo. Luego de realizar el Noviciado en el emblemático convento de Catamarca, el mismo que había albergado al Padre Esquiú un siglo antes, Juan Cortés se convirtió en un defensor acérrimo de su figura, retomando el camino transi-

tado por otros hermanos: Mamerto González, Luis Córdoba y Luis Cano. Con posterioridad a Cortés fueron los franciscanos Mario Fuenzalida y Jorge Martínez, uno de los Vicepostuladores de la Causa de Beatificación, los encargados de continuar con la difusión del legado de Esquiú. Fray David Catalán es el actual responsable de esa tarea.

Alberto Ortiz había publicado, el mismo año de la muerte del Obispo, dos tomos de *El Padre Esquiú*, en los que incorporaba el testimonio de algunos contemporáneos que lo habían conocido y admirado, como Pedro Goyena y Nicolás Avellaneda. Goyena lo describía como alguien que “ya sea que se dirija a los convencionales de una provincia argentina (...), ya sea que hable al pueblo mismo (...) él vuelve la mirada a Jesús y repite la famosa palabra del apóstol de las gentes: *omnia in ipso constant*” (Ortiz, 1883:48). Avellaneda, por su parte, destacaba que “el Padre Esquiú se presentó ante su Superior vestido de una jerga más cenicienta, con el pie desnudo sobre la sandalia y con el bastón de viaje. Abrazaba una regla más estricta dentro de la misma Orden y emprendía la vida del misionero” en Tarija (Ortiz, 1883:10). Ambos, en su evocación, dibujaban las dos facetas que Esquiú intentó equilibrar a lo largo de su vida, la de la figura pública, querida permanentemente, y la del modesto fraile, buscador incesante de la anónima soledad de su celda.



A principios del siglo xx, Fray González recopiló las memorias y escritos de Esquiú y los publicó también en dos tomos: *Vida Privada y Vida Pública*. En la introducción de la *Vida Privada*, González afirmaba que la publicación del Diario “servirá en mucho para desconceptuar las novelas y fábulas que se han inventado, rodeando la personalidad del Padre Esquiú en una atmósfera tal, que la admiración de sus virtudes llega a ofuscar el criterio de verdad histórica” (González, 1910:7). Ciertamente se refería a “errores” contenidos en la obra de Ortiz y reclamados por el propio hermano de Fray Mamerto. Sin embargo, esa primera obra fue fundamental.

En su relato, Fray Cortés tomó

como guía ambas fuentes. En los ocho capítulos en los que organizó su texto: Primeros años; Vida religiosa; Orador y patriota; El exilio; Tierra Santa; Pastor de su pueblo; Sus últimos días y La santidad de Fray Mamerto buscó interpretar el “mundo sugerente” de un Esquiú velado. Lejos de la anécdota del pequeño cuya madre, en cumplimiento de una promesa al bueno de San Francisco, lo vistió con el sayal marrón, Cortés rescató su dimensión política porque Esquiú no fue solamente el que, arrastrando la obediencia se adentró en la vida religiosa franciscana sino que también fue el sacerdote defensor tenaz de la Iglesia y un ciudadano activo y participante en su Catamarca natal. Es aquí donde hace pie el autor. Su mirada se centró en que la versión edulcorada, que lo traslada sin escalas de la temprana vestición del hábito al sermón de 1853 y de ahí al obispado, no le hace justicia. Cortés anunció la existencia de un Esquiú “escamoteado”, incomprendido y reducido sólo a la defensa de la Constitución Nacional cuando en realidad fue “uno de los críticos más acérrimos del liberalismo en la segunda mitad del siglo xix”.

Para Cortés, “sin el *obedeced, someteos*, Esquiú no hubiera entrado por la puerta ancha y estrecha al mismo tiempo de la historia oficial (...) desprovisto de la estructura arquitectónica que lo soporta y le confiere sentido no hubiese alcanzado ciertamente para referendar nada y menos para cobrar no-

toriedad”. Cortés resignificó la exhortación y no analizó solo la relación Iglesia-Estado de ese momento histórico ni se detuvo en la postura a veces elitista de un Fray Mamerto que, a contrapelo de su amor por los pobres, muchas veces percibió al pueblo como carente de discernimiento, falto de originalidad o dedicado a las luchas fratricidas (Cfr. Cacho Millet, 1974:310 y 313); sino que subrayó lo que Esquiú escribió poco después: “Soy hijo de América y que no cedo a nadie en amarla y que en mi corazón late de puro entusiasmo por la dignidad del hombre y de los pueblos, porque creo y amo la infinita dignidad de Jesucristo” (Cfr. Cacho Millet, 1974:315). Ubicado en el campo analítico de una teología de la historia, Cortés percibió en Esquiú a un hombre concreto aceptando la posibilidad de ser partícipe de la realización del proyecto salvífico de Dios. De este modo, el ser citado exclusivamente como el pequeño con hábito o como el Orador de la Constitución obtura el espesor de su riqueza para encasillarlo en esos solos instantes.

En 1861, cuando Mitre llegaba a la presidencia de la nación reunificada y las autoridades de la Provincia Franciscana decidían su traslado al convento de Buenos Aires, Esquiú rompió con todo menos con su camino sacerdotal. Renunció a su tarea de legislador en Catamarca, se opuso a la mudanza, pidió autorización directamente al Mi-

nistro General de la Orden en Roma y se exilió en Bolivia. Este movimiento implicó dejar atrás su ciudad, sus afectos y también su fraternidad religiosa a la que solamente volvió mucho después, un poco más de un año antes de su designación como Obispo. En Sucre se dedicó a la prensa católica, a la defensa de la Iglesia y de la autoridad del Papa mostrando su cara definitivamente eclesial y reivindicando su ortodoxia. En 1876, publicó el artículo “La Iglesia y el Estado” en la Revista Argentina de Buenos Aires (Cfr. Ortiz, 1883:83 y ss). Allí, afirmaba que “un Estado, en su organización política, no puede prescindir de la Iglesia” y que “un pueblo católico no puede prescindir de que es católico cuando se trata de su vida pública, de su organización política, de sus leyes y administración gubernativa” (Ortiz, 1883:93). Es la explicación por la que fue en contra de toda revolución, incluida la francesa.

Su posterior viaje a Tierra Santa lo terminó de configurar como el peregrino pobre, descalzo y, finalmente, franciscanamente obediente. Quiso quedarse para morir en la tierra de Jesús, pero debió volver por orden de la Curia franciscana en Roma y en su país natal cumplir el último mandato de su Iglesia. Poco fue el tiempo que Fray Mamerto ejerció el Obispado de Córdoba; su pensamiento quedó escrito en sus mensajes y cartas pastorales, cuya lectura termina de configurar a este personaje casi inverosímil que

atravesó la historia, que libró las peores batallas entre su afuera y su adentro, que volvió a su tierra para morir en el camino, que se hizo pequeño para llegar a ser grande, como el grano de mostaza.

El halo de virtud se había creado mientras andaba su vida. Tras su muerte, y ante la evidencia de la conservación de su corazón incorrupto, se comenzó a materializar la expectativa en torno a la posibilidad de que se convirtiera en el primer santo argentino, un presagio del propio Cortés que siempre lo pensó y reivindicó desde la santidad y el apego “al Dios de Jesús, a quien veía acompañando y forjando todos los instantes de la vida de su amada Patria, a la que consagró sus mejores talentos”.

La Causa para su Canonización se inició en 1926, al tiempo que fue declarado “Siervo de Dios”, pero tuvieron que pasar ochenta años para efectivizar el siguiente paso, su designación como “Venerable” por parte de Benedicto xvi. Otros tantos más pasaron para confirmar un milagro y obtener la aprobación del Papa Francisco. Como escribió Cortés, “el que ama vive en santidad, es decir en la misma esfera de Dios. Y cuanto más se ama, más patencia de Dios, más santidad (...) todos tenemos algo de santo y podemos aspirar a completar nuestro ser en la santidad”. Hoy es, pues, tiempo de anunciaciones felices para el bienaventurado Padre Esquiú, el Beato.